

Milton Rossel

Montaña, pampa y hombres

NOTAS DE VIAJE



HAY dos maneras de viajar: físicamente a través de la geografía, recorriendo espacios, e imaginativamente, con el espíritu, por todas las latitudes y recovecos del alma y de las cosas. El primero es el viaje que realiza el común de los mortales, pues para ello no se necesita ninguna condición intelectual extraordinaria. El segundo sólo lo pueden hacer quienes poseen una poderosa imaginación, gran intuición, sensibilidad artística, cultura general, o sea, aquellos que son capaces de evadirse de la realidad del mundo material y penetrar en ese otro mundo inasible y arcano de lo impalpable y al cual se llega con la imaginación creadora.

El viaje que yo hice es de los primeros y lo que en él capté son hechos de la realidad tangible. No obstante, he pretendido ahondar más allá de lo meramente objetivo y externo, a fin de desentrañar, en lo posible, la esencia anímica del pueblo argentino.

No creo mucho en el valor cultural de los viajes. Hay gentes que suponen que una persona posee una gran cultura por el solo hecho de haber recorrido muchas tierras. Claro es que hay viajes de estudio, para lo cual es fundamental radicarse por un tiempo prolongado en un centro de investigación o cultura.

Esos viajes necesariamente tienen que dar un gran provecho a quien lo realiza. Pero si el viaje es de simple turismo, quien lo hace sólo coge impresiones superficiales del país o lugar recorrido. De ahí que cuanto diga sobre lo que ha visto debemos darle un valor relativo. Si aun no conocemos aspectos esenciales de nuestro propio país, tanto más difícil es llegar al fondo espiritual de un pueblo extraño, sobre todo en aquellos en que se habla una lengua distinta a la nuestra.

Tampoco debemos aceptar con valor absoluto lo que nos dice quien ha estado largo tiempo en otro país, pues sus observaciones, quiéralo o no, están condicionadas por diversos factores subjetivos. Si en el país de su residencia temporal ha sido bien tratado, obtenido éxito, ya pecuniario o intelectual; si su salud y la de los suyos no han sufrido quebrantos; si, en general, no ha padecido alternativas desagradables, claro es que la impresión que ese país le ha dejado tiene que ser favorable, como es desfavorable cuando, personalmente, le ha ido mal. Cada uno juzga a la feria, dice un viejo adagio español, según cómo le va en ella.

La objetividad en la apreciación de los hechos humanos no existe casi, pues nuestro yo recóndito nunca deja de estar presente en nuestros pensamientos y expresiones, máxime en aquellos casos de apreciaciones e interpretaciones de fenómenos sociales.

A mí me fué bien en la Argentina durante el año que estuve en ella; me atendieron con afecto y nada turbó la paz de mi vida física y material; de suerte que vengo satisfecho de mi estada en el país vecino. Me será, por tanto, difícil desprenderme de la simpatía que por él siento en las impresiones que dé sobre la Argentina.

Algunos espíritus suspicaces creen que la admiración o simpatía por otro país entraña ausencia de patriotismo o desdén por las cosas de su propia tierra. Se admira lo bueno y grande que posee otro país con cierta envidia tácita, porque no lo tiene

el suyo, para el cual desearía lo mejor. Si digo que las calles de Buenos Aires son aseadas, es porque aspiro a que así también sean las nuestras. Admiro el ferrocarril subterráneo, y quisiera que acá también tuviésemos un medio tan rápido y cómodo de movilización urbana. Quien sabe criticar, sabe también admirar. Los tibios, los indiferentes, los perezosos mentales, permanecen impassibles ante las cosas de la naturaleza y ante los hechos humanos.

Si yo critico lo que estimo malo en mi país, tengo también la generosidad suficiente para exaltar lo que es bueno y hermoso.

A mi juicio, el mayor provecho que se obtiene con los viajes es el de poder apreciar con exactitud, mediante la comparación y la perspectiva, todo lo que tenemos en nuestra tierra. Hay, pues, que abandonar ese espíritu de campanario, lugareño, para mirar el mundo. Recuerdo que cuando niño sostenía que Concepción, ciudad en la que pasé mi niñez y gran parte de mi adolescencia, era superior a Santiago; seguramente, lo propio habrán sostenido los talquinos, como a su vez los de Linares dirán que su ciudad es superior a Talca, y los de Parral exaltarán a su pueblo con relación a Linares, etc.

Somos un país montañoso, de ásperas y elevadísimas sierras, con exiguos valles verdeantes, que son nuestra gran despena nacional. Chile ha existido por su valle central, el cual ha determinado la tónica del país. Los extremos norte y sur son todavía lugares de tránsito, donde la mayoría de las personas viven en función de las riquezas de esos sitios, pero sin arraigar en ellos y con el ánimo siempre dispuesto a radicarse en Santiago o en cualquiera otra ciudad de la región central.

Sin mucho alarde de determinismo, creo que la naturaleza abigarrada de nuestro territorio ha tenido que influir en la formación del pueblo chileno y que a ella se deben sus características de fuerte, aguerrido, esforzado. De ahí que nos hayamos distinguido en varias acciones bélicas. La misma cordillera de Los Andes, en el lado chileno, es más irregular, abrupta e im-

nente que en la ladera argentina. La psicología y modos de vida del puebló hermano, tiene que estar influída por la inmensa planicie que es la pampa, tan fácil al cultivo agropecuario. Como el valle central en Chile, las extensas tierras de la provincia de Buenos Aires han dado la tónica al país. Y eso se puede comprobar internándose un poco en las provincias del norte, en Córdoba y sobre todo en Santiago del Estero, Jujuy, Salta, donde la naturaleza es montañosa y árida, se advierte en el pueblo un físico distinto al porteño y no es raro ver hombres ociosos, borrachos y desarrapados, como es tan frecuente encontrarlos en Chile. Pero no sólo la naturaleza da esas condiciones inferiores de vida. También hay que reconocer que en esas provincias el elemento inmigratorio ha sido escaso y, por tanto, la mayoría de la población está constituída por criollos, con todos sus defectos raciales y hasta con sus costumbres típicas y su modo de hablar más tradicional.

Argentina ha sido favorecida por la naturaleza. Las circunstancias geográficas, climatéricas y telúricas tienen necesariamente que haber conformado un tipo racial distinto al nuestro. Pero creo que las diferencias de nuestro pueblo con el argentino—el bonaerense y el de las provincias más cercanas a la capital—se deben en gran parte al inmenso contingente inmigratorio que estos lugares han recibido, gente venida de Europa y que lleva en la sangre esa cultura ancestral de la vieja civilización occidental. No debemos tampoco olvidar que la buena alimentación en carnes, pan y leche, tiene que conformar al individuo con un esqueleto más recio y de dimensiones mayores que el del común de nuestro país y con un espíritu animoso y de sano optimismo. Nosotros vivimos en actitud de repechar, malamente alimentados; en cambio, ellos caminan sin cuidado, satisfechos por la planicie amplia, ilimitada, como dueños del horizonte.

Se ha repetido mucho entre nosotros que somos un pueblo de raza homogénea y nos sentimos orgullosos de ellos, conside-

rándonos, desde el punto de vista humano, superior a otros pueblos de América. La uniformidad de nuestra raza se manifiesta más bien en las características físicas; pero creo que en el fondo hay profundas diferencias anímicas, las cuales se exteriorizan en las costumbres, hábitos y diversiones. Así, por ejemplo, nuestro pueblo, en el que se conservan características propias del araucano y del andaluz, es derrochador, imprevisor, desaseado, alegre, fatalista, borracho, vivo—que no es lo mismo que inteligente—, imaginativo, etc. A medida que ascendemos socialmente, en virtud de la educación y del mayor aporte de sangre de viejos países de cultura milenaria, esas características del *roto* y del *huaso* se van perdiendo, para dar paso a otras más positivas al adelanto social, como es fácil notar en la clase media. Hay entre nosotros varios grupos humanos, lo que hace difícil la convivencia social. Nadie acá se siente bien en el grupo social a que pertenece; de ahí que en el chileno se vean tantos resentidos, es decir, descontentos, desarraigados, arribistas, no con las justas aspiraciones de subir, sino de trepar, atropellando o valiéndose de cualquier medio indecoroso.

Argentina, como se sabe, es un cócktel racial de gallegos, italianos, andaluces, catalanes, polacos, judíos, rusos, yugoeslavos, etc. En el castellano que éstos hablan se advierten profundas diferencias, lo mismo que en sus rasgos físicos. Pero hay entre todos ellos un fondo psicológico común, que se traduce en su decencia personal, en su sobriedad, en sus ansias de trabajo y de superación y en el orgullo con que se sienten argentinos, pues pronto se han incorporados a la nueva tierra que con tanta generosidad los ha recibido. Las autoridades, para exaltar el sentimiento de nacionalidad, ha establecido la costumbre de hacer ondear con la mayor frecuencia posible la bandera del país y hacer cantar el Himno nacional. Sin exagerar, se puede decir que todo habitante de la Argentina canta fervorosamente la canción de la patria en las más extrañas y variadas prosodias.

Yo no tenía el menor inconveniente en aceptar una invitación á beber un copetín ofrecido por quien me vendía los diarios, un armenio con más de treinta años de residencia en la Argentina, de modales muy finos y con esa cultura que se lleva en la sangre. Lo propio me ocurría con el mayordomo del edificio donde yo vivía, un italiano, del que fuí muy amigo, lo mismo que de su familia. Salía a pasear con él su conversación, en un castellano ininteligible, me era muy interesante. Armenio e italiano vestían correctamente cuando dejaban sus ocupaciones u oficios. No se veía en ellos ninguna manifestación de inferioridad social e intelectual. Con qué emoción esos inmigrantes hablaban de la Argentina, de su grandeza, de su destino. Por eso digo que hay en la Argentina una gran unidad psicológica. En parte ha contribuído a ello la escuela común, creación de Sarmiento. A ella va todo el mundo, sin distinciones sociales, económicas, raciales, religiosas, etc.

Antes de que apareciera la garrulería demagógica en la Argentina, la democracia en su sentido más humano, se estaba forjando en el fondo de las conciencias. Como en los Estados Unidos, el hombre, individualmente, estaba trazando la organización de la sociedad. Por eso, los mendigos, los inadaptados, los perezosos, apenas tenían ubicación en el medio social. La demagogia es propicia para los mediocres, los resentidos, aquellos que, incapaces de labrarse su propio destino, recurren a toda suerte de artimañas insinceras para aflorar y situarse en un lugar de preeminencia adonde de manera honesta jamás llegarían.

Lo primero que llama la atención del chileno que llega a la Argentina es la cortesía y amabilidad de la gente. No es la cordialidad efusiva nuestra, el entregarse inmediatamente al extranjero en una eclosión de afecto bullicioso, en actitud subalterna de admiración y respeto. El argentino es atento, medido, fino. Como en sus palabras, hay en sus actitudes una corrección un poco fría y circunspecta, de buen tono, un tanto a la defen-

siva, sin ánimo de prodigarse en plenitud. En las casas comerciales, en los restaurantes, en el tranvía, en el subterráneo, en general, en todos los aspectos de la vida colectiva, la gente se comporta con amabilidad y gentileza, sin violencias ni atropellos, en la palabra ni en los hechos, como corresponde a un pueblo que ya ha adquirido esa cultura social de respeto para con los demás y de dignidad para consigo mismo.

En sus atenciones para conmigo esa cortesía a que he aludido rebasó la fría circunspección peculiar del argentino, para manifestarse en discreta cordialidad. En tal sentido, no puedo olvidar lo amable y deferente que fueron don Ricardo Rojas, cuyo prestigio intelectual lo coloca entre las primeras figuras argentinas; el profesor y escritor Dr. José María Monner Sans; el Rector de la Universidad, Dr. Horacio Rivarola; los escritores y profesores Giusti, Binayán, Reissig, el Dr. Teodoro Schlossberg y muchas otras personas que sienten por Chile un afecto sincero. La verdad es que en Argentina se nos estima. Nos consideran como un modelo de organización administrativa y madurez política, de buen sentido y de tradición cultural respetable.

A pesar de la cordialidad con que tratan a los chilenos, hay algo en el fondo de todo argentino propio de hombre enriquecido y satisfecho, que en la gente de cultura mediana se exterioriza en prepotencia indisimulada.

Las circunstancias bélicas y políticas por las que ha vivido en estos años la vieja Europa, han llevado a la Argentina a numerosos intelectuales y artistas, lo que ha contribuido a remover el ambiente cultural en una exaltación de los más puros valores del espíritu. La actividad editorial, exposiciones pictóricas de obras tanto nacionales como extranjeras, conferencias de la más diversa índole (recuerdo los numerosos homenajes que se hicieron a Paul Valéry con motivo de su muerte); todo ello es revelador de un clima cultural, que hace que el país hermano no sólo sea considerado como un gran proveedor de pro-

ductos agropecuarios, sino también como uno de los grandes centros culturales de la latinidad. Expresión de este mismo estado de superación cultural, son los numerosos objetos artísticos de cerámica y orfebrería que se venden en las numerosas tiendas de arte aplicado que hay en Buenos Aires.

Preocupación de la gente culta y de las autoridades educacionales es el mantener el prestigio del castellano, depurándolo de todo extranjerismo y de todo vicio de construcción y prosodia. Desgraciadamente, el resultado de tal campaña dista de dar los frutos que son de desear. El arcaico y plebeyo *vos* lo usa toda la gente, inclusive la culta, como pude comprobarlo en boca de altas autoridades universitarias; y junto al indeseable *vos*, es frecuentísimo el empleo de formas verbales tan inaceptables como *oíme*, *tenés*, *sabés*, *decíme*, etc.

En los grandes diarios—«La Nación» y «La Prensa»—se advierte una preocupación por la corrección y dignidad del idioma, en especial el primero, cuyo estilo tiene, a mi juicio, algo de grandioso, circunspecto, con cierta tiesura académica, lo cual también se puede comprobar en las colaboraciones de la página magazine de la edición dominical, donde se publican sesudos ensayos sobre temas trascendentales. En ambos rotativos no existe propiamente la crítica literaria responsable y firmada, como en los principales diarios de nuestro país. Se publican allí numerosas noticias bibliográficas, redactadas en un estilo impersonal y con juicios que en nada comprometen.

Literariamente, sobre todo en la novela, se advierte una gran diferencia entre la Argentina y Chile. Si comparamos una novela de un joven escritor chileno con la de algún novelista mozo argentino, encontramos calidades disímiles, como si las nuevas tendencias novelísticas de ambos países se dirigieran por caminos divergentes y distantes. En los nuestros, notamos una total ausencia de técnica, un estilo descuidado, pero vibrante, impetuoso, cuajado de imágenes y metáforas audaces y hasta absurdas y un sentido social inspirado en la más cruda realidad.

En tanto, en los argentinos el estilo es más cuidado (no en los diálogos, pues los personajes hablan como lo hace el común del pueblo argentino) y con un ritmo suave y grato, de música asordinada, muy en armonía con el asunto que, por lo general, tiene una tónica proustiana en el afán de actualizar el tiempo y de hacerlo revivir a través de hechos insignificantes y sugerentes, como si en el espíritu del escritor joven los hechos preteritos privaran sobre las circunstancias presentes.

Con algunos títulos de novelas recientes—no todas de jóvenes—podemos ejemplificar esta apreciación sobre la novela argentina actual: «Las ratas», de José Biancos; «El río distante», de Vicente Barbieri; «Antes que mueran», de Norah Lange, y «El muro de mármol», de Estela Canto. A través de la lectura de estas novelas y sin propósitos de sacar conclusiones categóricas, deducidas de un determinismo que no cabe en literatura, puedo manifestar que la marcada diferencia que hay entre los relatos de las nuevas generaciones de novelistas argentinos y chilenos, revela que las condiciones de vida de los escritores y los motivos que los inspiran son muy distintos.

En Argentina se cultiva de preferencia la novela de introspección y de tono sentimental, lo que supone en el autor una vida tranquila, sin grandes sollicitaciones externas, con tiempo suficiente para evocar el pasado con toda suerte de detalles ínfimos y poder cuidar el estilo en una morosa labor de lima. Supone, además, que los hechos de la realidad social no seducen, no dan temas dignos de novelar. No hay, al parecer, grandes problemas sociales que atraigan al lector con mayor fuerza que otros. Quizá con mayor justicia, podríamos decir que los problemas sociales estaban latentes y que sólo ahora han sido agitados políticamente por boca de un demagogo que ha sabido que ello es la mejor plataforma para su exaltación personal en la vida ciudadana.

En cambio, entre nosotros la lucha por la vida es dura, áspera y hasta agresiva; el escritor joven tiene que vencer, pri

meramente, la indiferencia del medio y de las editoriales. Vive acá el escritor novel angustiado por inaplazables urgencias vitales; carece de tiempo para mirarse a sí mismo en actitud búdica, enclaustrándose en su yo recóndito para contar prolija y lentamente su niñez y adolescencia. Hay entre nosotros un ambiente de beligerancia en lo social y económico, y el escritor, inmerso en ese mundo, no puede desoír el rumor de las luchas sociales, ni desentenderse del drama colectivo que protagonizan el pueblo y la clase media.

Lo que falta a nuestros escritores jóvenes en técnica y estilo, les sobra en ímpetu de verdad y en patetismo. En tal sentido, nos acercamos más a la moderna novela norteamericana, mientras en la Argentina están todavía literariamente bajo el signo de Joyce y de Proust.

Esta confortable situación económica en que ha vivido el país vecino se refleja también en la investigación científica y en la publicación de estudios que suponen laboratorios bien montados, bibliotecas nutridas y recompensa pecuniaria para quienes se dedican a tales actividades. Las universidades y otros altos centros de estudios estimulan la labor intelectual desinteresada. Estimulan también para que lleguen a esos centros culturales a los extranjeros. La Comisión Nacional de Cultura, a quien debo gratitud por haberme permitido una larga permanencia en la Argentina, es un organismo modelo por la forma generosa como estimula el trabajo científico, literario y artístico.

Con relación a la enseñanza, debo reiterar mi admiración por el auténtico sentido democrático que significa la escuela común, contribuyendo a la unidad social del país. Las Universidades de Buenos Aires y de La Plata demuestran un constante progreso, tanto por la calidad de los conocimientos que en ellas dan catedráticos nacionales y extranjeros, como por las investigaciones de toda índole que se hacen en los institutos, que complementan la labor del profesor en las aulas.

La segunda enseñanza, salvo la que se imparte en los colegios nacionales anexos a las universidades, me parece inferior a la nuestra. Tiene, acentuados, los defectos que nosotros tratamos de corregir: excesivamente libresca, mnemotécnica y rutinaria; los estudios de humanidades se hacen en menos años que acá, con un recargo de materias que trae como consecuencia infecundidad en sus fines; y, además, hay muchos profesores improvisados, que se dedican a la docencia sin gran vocación ni preparación previa, amparados por situaciones políticas transitorias, lo cual desanima a los maestros de verdad y con estudios superiores.

Como el escritor y el intelectual de categorías, goza el profesor, de cualesquiera de las ramas de enseñanza, de respetabilidad y prestigio social y él se comporta con la dignidad propia de la función que desempeña.

En lo humano y en lo material hay profundas diferencias entre la Argentina y Chile, diferencias que en vez de separarnos y distanciarnos con recelos lugareños, deben contribuir a unirnos, pues ambos pueblos se complementan, pudiendo formar ellos el primer eslabón para hacer realidad el viejo ideal bolivariano de que los pueblos de origen ibérico se identifiquen en sus aspiraciones y en la solución de sus problemas comunes, a fin de conservar y acrecentar la herencia cultural que recibimos de España y defender, al mismo tiempo, las riquezas de nuestras ingentes tierras.